

de la opinión pública en Colombia, que bucea en las profundidades de este concepto, medular en la investigación sobre medios. Un libro pulcramente editado y con una bella portada, la que también se echa de menos en el libro reseñado.

Maryluz Vallejo

Entre memoria y retórica

Geografías de la memoria. Posiciones de las víctimas en Colombia en el periodo de justicia transicional (2005-2010)

ÓSCAR F. ACEVEDO ARANGO
Editorial Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2012, 119 págs.

LA MEMORIA se ha convertido en uno de los temas de los que más se habla y se investiga en la Historia y en las Ciencias Sociales contemporáneas, hasta el punto que algunos autores consideran que en esta época existe una “obsesión por la memoria”, un “abuso de la memoria” e incluso una “industria del holocausto”, este último término acuñado por el escritor Norman Finkelstein para referirse al negocio que instauró el lobby judío-estadounidense para favorecer al Estado sionista de Israel y justificar sus crímenes contra los palestinos. En América Latina la memoria adquiere importancia en los últimos veinticinco años como parte de un programa de denuncia de los crímenes cometidos por las dictaduras de “seguridad nacional”, tanto en los países del Cono Sur como en Centroamérica. En Colombia, en un sentido similar, desde hace algunos años diversos sectores de la sociedad proponen una recuperación de la memoria, algo que es significativo si se tiene en cuenta que, en teoría por lo menos, en este país no se entronizaron dictaduras como las de Pinochet en Chile, Videla en Argentina y otras similares en Guatemala, Uruguay o Brasil. Que aquí no se hayan instaurado dictaduras no quiere decir que la doctrina de la seguridad nacional, impulsada desde los Estados Unidos y replicada por las clases do-

minantes de Colombia, no haya tenido los mismos efectos de criminalidad estatal, e incluso a veces peores.

Por esta misma circunstancia, desde hace unos cuantos años el Estado viene impulsando una cierta política de la memoria, cuya principal finalidad es negar su papel activo en la generalización del terrorismo. De ahí que se haya creado una Comisión Nacional de Reparación y de Reconciliación, con su respectiva Área de Memoria Histórica, encargadas, en última instancia, de lavar la imagen del Estado, la cual tuvo una corta existencia (2005-2010). Estas instancias, en el fondo, han buscado acallar o cooptar a las organizaciones de familiares o allegados de quienes han sufrido la criminalidad oficial.

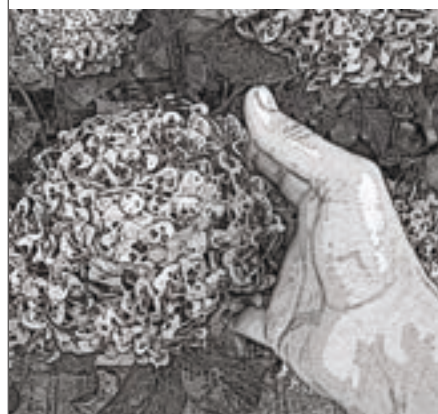
Con relación a los procesos de recuperación de la memoria, se delinea en forma simétrica la figura de la “víctima”, un término que se ha impuesto en forma poco crítica y que es aceptado por la casi totalidad de sectores que reivindicán la memoria, incluyendo académicos, las ONG y grupos de personas afectadas por el terrorismo de Estado. Al respecto, nos parece pertinente la precisión del historiador italiano Alessandro Portelli, quien distingue la víctima del vencido: “A diferencia de la víctima, el mártir no es inocente, se pone en juego a sí mismo cumpliendo conscientemente actos que se dirigen contra la legalidad impuesta por los opresores, y a sus ojos es siempre culpable (no sacrificado sino sacrílego)”¹. Esta distinción es importante para recuperar los proyectos de lucha de quienes fueron vencidos y reafirmar que no eran unas simples “víctimas” pasivas, sino que murieron porque encarnaban propuestas políticas y sociales que chocaban contra el orden establecido.

Que el Estado se apropie de la memoria y generalice la noción de víctimas no quiere decir, desde luego, que el asunto del recuerdo no sea importante para diversos sectores de la sociedad colombiana, sobre todo por aquellos que han soportado en carne propia la violación de sus derechos por parte del Estado.

1. Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas Ardeatinas, la memoria*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, pág. 68.

Que la memoria es un tema de moda –en algo que no debería haberse convertido nunca– se ejemplifica con la proliferación de literatura sobre el tema por parte de diversos sectores de la academia, algunos de los cuales se han incorporado como *vedettes* investigativas al Estado, más exactamente a sus comisiones de Memoria Histórica. Como parte de esa literatura, en gran medida influida por el posmodernismo y los estudios culturales, se encuentra el texto *Geografías de la memoria*.

En términos generales, este es un libro profundamente desigual en calidad, en tratamiento de la temática, en rigor investigativo e incluso en el plano de la exposición formal de cada uno de los cuatro capítulos que lo conforman. En gran medida esto sucede porque el autor combina, con poco éxito, diversas técnicas, cuya utilidad se disuelve al final en una mixtura culturalista poco atractiva.



En efecto, el autor empieza con el capítulo “Lo personal es histórico y lo histórico es personal”, parafraseando el célebre aforismo feminista que dice que “lo personal es político”, en el cual nos cuenta parte de su experiencia vital como habitante de un barrio de Medellín desde la década de 1970. Este relato es interesante porque muestra la manera como la violencia que se genera en diversos lugares del territorio nacional afecta a cualquier persona de extracción popular o de la clase media. Esta experiencia adquiere más relieve porque se desarrolla en la ciudad que se convirtió en el epicentro del sicariato, de la cultura traqueta, de las bandas criminales ligadas al narcotráfico, y por los elevados niveles de violencia y criminalidad que allí se presentan desde hace varios decenios. En este capítulo queda en evidencia

que la historia real no es algo que sea ajeno a cada uno de nosotros, sino que atraviesa nuestra existencia, y la violencia estructural la sentimos en la cotidianidad, ya que la muerte desfila junto a nosotros todos los días, como lo atestigua el autor del libro comentado. Visto de esta manera, la memoria sobre las violencias no aparece como algo distante de nosotros, sino como parte integral de nuestras vidas.

Sin embargo, este buen inicio se trunca más adelante porque en el segundo capítulo el autor da un brusco salto, tanto en estilo narrativo como en perspectiva analítica, que lo extravía en los escabrosos meandros terminológicos de los estudios culturales, para establecer las diferencias y relaciones entre olvido, memoria, historia y pasado, de una parte, y de otra, para presentar las categorías de memoria que va a emplear en su corta indagación. En cuanto al primer aspecto, las precisiones teóricas no son ni claras ni afortunadas y al final el lector no entiende en qué radican las distinciones y los nexos entre historia y memoria. Esto se habría podido hacer sin tantos vericuetos terminológicos y sin necesidad de tantas citas culturalistas o poscoloniales. Respecto al segundo asunto, las cosas se complican todavía más, porque si bien el autor quiere precisar lo que entiende por memorias gubernativas u oficiales, memorias agonistas, memorias subalternas y memorias reservadas –que constituyen las cuatro categorías que va a emplear en los otros capítulos del libro– cae en una serie de trampas innecesarias. Veamos un solo ejemplo, citando en forma textual:

Vamos a formular y a utilizar el término memorias sub/alternas [así está escrito en el original] en dos sentidos: 1) en el sentido planteado por Chakrabarty y Guha, por cuanto efectivamente existen memorias que pese a ser habladas no ingresan en el círculo de las memorias agonistas, y mucho menos en las gubernativas, que son memorias que se viven en el ‘abajo’ de la dominación; y 2) en el sentido que la barra introduce, como variación que permite considerar que aquellas u otras memorias pueden moverse de abajo para ubicarse al lado o por fuera; lo que les provee rutas alternas, alternativas en las que

juegan su poder por fuera del eje dominador/dominado; ellas son, por lo general, memorias periféricas, locales y puntuales. [pág. 59]

Esta confusión, porque no puede catalogarse de otra manera, se le hubiera podido evitar al lector y decir eso mismo de una manera clara, y sin recurrir a esas argucias de usar la barra (/) para diferenciar los términos, y para no incurrir en diferenciaciones tan poco sutiles, como sucede con los términos sub/alternos y subalternos. Estas argucias, no obstante, no deberían sorprendernos puesto que los estudios culturales y los escritos posmodernos suelen caracterizarse por abusar del lenguaje y maltratar a los lectores.



En adelante, con las categorías propuestas, el autor analiza algunos ejemplos de esas memorias en el caso colombiano. Señala ciertos aspectos de la memoria gubernativa u oficial, sin mencionar a fondo la importancia que tiene la legitimación del terrorismo de Estado, y llega incluso a decir que “los proyectos de verdad oficial buscan revelar las causas, los hechos y la identidad de los responsables de los crímenes cometidos en el pasado por medio de instrumentos jurídicos e institucionales” (pág. 61). ¿Será verdad tanta belleza? ¿Puede decirse algo que poco se corresponde con la finalidad del Estado en términos de esclarecer la verdad sobre su accionar terrorista, simplemente porque el autor ha trabajado con el Área de Memoria Histórica de ese mismo Estado? A partir de un supuesto tan discutible se

entra a validar tanto la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación y su Área de Memoria Histórica, que ya desaparecieron, y cuya “extraordinaria” labor se redujo a producir unos cuantos informes y libros, en los cuales el terrorismo de Estado brilla por su ausencia. Además, en el mismo sentido el autor intenta justificar a los académicos que se subieron al tren de proyectos oficiales, diciendo que sus narrativas mantienen “la apuesta por una ‘neutralidad’ investigativa” (pág. 65).

Un poco más elaborada es la parte concerniente a las otras tres memorias que se analizan en el resto del libro, aunque tampoco hay grandes aportes al respecto. Nos referimos al caso de las memorias agonistas –entendidas por su autor como “aquellos procesos de producción de pasados opuestos a la versión oficial, que logran enunciarse en lo público y en medios de comunicación para interrogar la producción de ese pasado oficial” (pág. 59)– en las que pretende estudiar a tres organizaciones civiles: el Proyecto Nunca Más Colombia, el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, y el Movimiento Hijos e Hijas por la Memoria y contra la Impunidad. Decimos que se pretende estudiar porque solo se hace un acercamiento superficial y formal a estas tres organizaciones, sin mayor profundidad ni rigor, porque el autor se limita a decir dos o tres cosas, que repite en forma circular varias veces en el tercer capítulo (págs. 77-94), a partir del presupuesto elemental que las memorias agonistas no son homogéneas.

En el último capítulo se habla de las memorias sub/alternas y reservadas, es decir, de aquellas que no son ni gubernativas ni agonistas, y que son locales y periféricas. Para el caso se toma como ejemplo dos experiencias: las de Promotoras de Vida y Salud Mental del Oriente Antioqueño y la de los familiares de los funcionarios de la justicia masacrados en La Rochela. Esta parte final está mejor elaborada y es un poco más detallada que los dos capítulos anteriores sobre la memoria gubernativa y la memoria agonista.

A manera de conclusión, podemos decir que *Geografías de la memoria* resulta ser un título muy pretencioso, porque aunque se analicen varios

casos de diversos lugares del país, esa aproximación es muy elemental. Además, en el texto se maneja una visión convencional de víctima, término poco crítico, y este se emplea de la misma forma laxa como se usan otras denominaciones discutibles como la de “sociedad civil” y “cultura política”. A eso habría que agregarle la confusión terminológica que se genera con la palabra memoria sub/alterna, a la que se le da un doble significado. Salvo el primer capítulo, en el que aparece un interesante testimonio personal, el resto del libro es muy pesado, poco atractivo y lleno de confusiones y lugares comunes sobre diversos temas de la memoria, en gran medida porque el autor se queda prisionero tanto de jerga de los estudios culturales como de la retórica oficial sobre la memoria, que se viene impulsando desde el Estado por sus comisiones burocráticas de Memoria Histórica.

Renán Vega Cantor

Profesor titular. Universidad
Pedagógica Nacional

Los letrados de la oralidad

Beyond the Lettered City. Indigenous Literacies in the Andes

JOANNE RAPPAPORT
Y TOM CUMMINS

Duke University Press, Serie Narrating Native Histories, Durham y Londres, 2012, 370 págs., 66 ils.

EL TÍTULO *Beyond the Lettered City* (Más allá de la ciudad letrada) resume bien el argumento central de esta obra al tiempo que alude al libro *La ciudad letrada* del escritor Ángel Rama, publicado en 1983, obra que marcó un hito en los estudios sobre la cultura colonial americana. Ahora, casi treinta años después, la antropóloga Joanne Rappaport, profesora de la Universidad de Georgetown, junto con Tom Cummins, profesor de historia del arte precolombino y colonial de América Latina en la Universidad de Harvard, contraponen un panorama más complejo a la imagen

que Rama proyectó de ese mundo hispanizado que, según él mostró, giraba alrededor de la primacía de la palabra escrita. La novedad del texto que nos ocupa radica en extender la cobertura de los educados o letrados a pueblos indígenas que en tiempos coloniales ocuparon la parte norte del mundo andino (actuales Ecuador y Colombia), pueblos antes calificados de analfabetos.

La decisión de centrar el análisis en los muiscas (chibchas), pastos y nasa (Páez) resulta interesante pues los dos primeros eran los grupos de nativos más numerosos al norte del Imperio inca, y porque en esta parte del mundo andino, a diferencia del caso mexicano, antes de la llegada de los españoles los nativos no conocieron la escritura alfabética ni jeroglífica, ni recurrieron a la representación pictórica como narrativa (págs. 8 y 22).

La obra es el resultado de un trabajo de largo aliento y de una reflexión madura. Según los agradecimientos iniciales, la investigación se inició en 1989 y se financió por etapas. Rappaport recibió apoyo de la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research y de la Universidad de Maryland Baltimore County para revisar archivos, Cummins le dedicó un año sabático además de los años en que ambos autores se pudieron concentrar en la discusión e interpretación interdisciplinaria gracias a un Senior Collaborative Research Grant del Getty Grant Program y a una beca del National Endowment for the Humanities. Ambos docentes foguearon los hallazgos preliminares con alumnos de seminarios como el de “Alphabetical and visual literacy in Colonial Latin America” ofrecido por la Universidad de Georgetown y de otros cursos que dictaron en la Universidad de Harvard y en la Universidad de Chicago.

Rappaport es conocida por su trayectoria en el campo de los estudios andinos desde los años ochenta y por sus publicaciones sobre temas como el mesianismo en Tierradentro, la organización socioespacial de los indios pastos, la alfabetización y la voz indígena en la era colonial, la interpretación etnográfica de la historia de los Andes colombianos y la representación como forma de poder.

Cummins es autor de cerca de una docena de publicaciones referidas a las imágenes visuales de la colonia temprana en Hispanoamérica y a las reinterpretaciones de la cultura visual renacentista en Europa y América. Antes de la publicación de este libro las revistas *Ethnohistory*, *Colonial Latin American Review* y *Latin American Literary Review* dieron a conocer fragmentos de tres de los seis capítulos que lo componen.

La presente edición refleja un esfuerzo profesional y cuidadoso. Las dieciséis páginas preliminares incluyen una breve presentación de la serie Narrating Native Histories de la que el texto forma parte; lista las nueve reproducciones a color y 57 en blanco y negro que ilustran el libro; y menciona los agradecimientos personales e institucionales.



Los estudios sobre la alfabetización han sido reconocidos como un componente central de la sociedad colonial, un discurso al mismo tiempo local e internacional, que involucró europeos, europeos nacidos en América, nativos americanos, africanos, además de la compleja gama de mestizos y mulatos fruto de las mezclas entre estos grupos. Se sabe que fue a través de la escritura de documentos legales como los nativos de los Andes del norte se comunicaron con la península ibérica, y que el mundo de lo escrito ligó la República de Indios con la República de Españoles.

Uno de los principales aportes del texto es ampliar la noción de *literacy*, vocablo difícil de traducir pues